

ZORAIDA CÓRDOVA

BROOKLYN BRUJAS 2

BRUJA BORN

minotauro

BRUJA
BORN

ZORAIDA CÓRDOVA

Título original: *Bruja Born*

© 2016, Zoraida Córdova

Publicado por acuerdo con la autora, representada por Baror International, Inc.

© Traducción de Isabel Murillo Fort, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0882-9

Depósito legal: B. 1.981-2021

Preimpresión: dactilos

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

«Dicen que el Corazón tiene dos corazones:
el negro que se asienta en su pecho
y el que luce en la manga.»

HISTORIAS DE LOS DEOS
FELIPE THOMAS SAN JUSTINIO

Esto es una historia de amor.

O lo era, al menos antes de que mi hermana me mandase al infierno. Aunque estrictamente hablando, Los Lagos no son ni el infierno ni el inframundo, sino otro mundo habitado por criaturas, espíritus y maravillas de los que solo había oído hablar en el Libro de Cánticos de mi familia. El lugar donde permanecí retenida, donde toda mi familia estuvo encarcelada por una bruja hambrienta de poder, era lo más parecido al infierno que espero conocer en mi vida.

Pero esa es otra historia.

—Lula, ¿ya estás lista? —pregunta mi hermana Alex.

Miro mi armario abierto y no consigo encontrar los calcetines del uniforme del equipo de *step dance*. Revuelvo los cajones llenos de ropa interior, calcetines desaparejados y bisutería.

—¿Lula? —insiste Alex, más suave esta vez.

Durante los últimos siete meses, Alex ha sido «extra» en todo: extrapaciente, extracariñosa, extradispuesta a hacer mis tareas. Lo hace con buena intención, pero no alcanza a comprender cómo de agobiantes pueden llegar a ser sus atenciones y hasta qué punto el silencio de su mirada me revuelve el estómago, puesto que intento estar bien por ella, por nuestra familia y por nuestros amigos. Y creo que salgo bastante airosa cuando finjo. Aunque a veces, como ahora, le contesto con brusquedad.

—¡Dame un minuto más!

En ningún momento ha sido mi intención contestarle con brusquedad. Lo digo en serio, pero todo lo que sale últimamente de mi boca suena con dureza y rabia, y no sé cómo impedirlo. Yo no soy así. O al menos, antes no era así...

Rose, nuestra hermana menor, entra en mi habitación vestida con manga larga y vaqueros a pesar de que estamos en plena ola de calor y a mediados de junio. Rose tiene el Don del Velo. Puede ver a los muertos y hablar con ellos. La magia relacionada con los espíritus funciona en una longitud de onda distinta a la del resto de nuestros poderes, y por eso, al estar sintonizada con este ámbito, siempre tiene frío. Rose se sienta en la cama y tira de un hilo suelto de la colcha.

—¿Puedo ir a la previa del partido contigo y con Maks? —me pregunta—. Nunca he ido a una previa.

—No —respondo.

—¿Por qué no?

Frunce el entrecejo y su cara redonda se enciende. A menudo olvido que, debajo de todo su poder, no es más que una niña de catorce años con dificultades de adaptación.

—Porque es solo para el equipo —digo, mientras decido buscar entre la ropa sucia—. Puedes venir al partido luego en coche, con mamá y Alex.

—Y papá.

La voz de Rose es un recordatorio.

De acuerdo. Papá. Después de siete años desaparecido y supuestamente muerto, ha entrado de nuevo en nuestras vidas. No recuerda dónde ha estado, y aunque no podemos decirlo en voz alta, hemos seguido adelante sin él. Alex fue quien siempre dijo que papá se había marchado para siempre, y quizás, en el fondo, yo también lo pensaba, pero siempre la corregía. Yo era la que creía que volvería, porque, a veces, albergar falsas esperanzas es mejor que perderlas por completo. Antes creía en muchas cosas.

—Y papá —digo.

Las tres intercambiamos una mirada de inquietud. Entre nosotras hay muchas cosas silenciadas. Ojalá pudiera volver a ser la chica extrovertida, revoltosa y más o menos feliz de antes, pero me está costando más de lo que imaginaba.

Y estas son las cosas que no decimos:

Cosa número uno: somos brujas. Hechiceras. Tías mágicas con poderes otorgados por los Deos, nuestros dioses. Evidentemente, en una casa llena de magia, es normal que haya fricciones, y después de lo que hizo Alex, las fricciones están a la orden del día.

Cosa número dos: mi hermana Alex hizo un cántico que mandó a toda la familia directa a un mundo llamado Los Lagos. Luego tuvo que patearse sus colinas mágicas y sus praderas en compañía de Nova, un brujo que está muy bueno, pero del que nunca hablamos, y de la que ahora se ha convertido en su novia, Rishi.

Y hasta que no llegaron, yo estuve atrapada en un árbol monstruoso. Un árbol enorme y malvado. Envuelta en una oscuridad absorbente, y a pesar de que volvimos todos a casa sanos y salvos, continúo sintiendo esa atracción, como si algo estuviera chupándome el alma y la luz. Y encima, esta casa es demasiado pequeña y está llena de gente, y no sé cómo hacerlo para acabar con este miedo. No sé cómo superarlo.

Cosa número tres: ya no soporto ver mi imagen reflejada en un espejo.

De hecho, he quitado todos los espejos de mi habitación, incluso el que tenía en mi altar para mantener alejados a los espíritus malignos. Ya no lo necesitan. Con solo verme la cara, se espantan, seguro.

—Avisa cuando estés lista —dice de nuevo Alex, con culpabilidad radiactiva.

Técnicamente, y estrictamente hablando, puede decirse que el ataque que me dejó la cara horriblemente desfigurada por cicatrices fue culpa de Alex. Sé que soy una hermana malísima por pensar eso. Hay que perdonar y olvidar y todo eso que se dice, pero los maloscuros que vinieron a por ella me atacaron a mí y me arañaron la cara con sus repugnantes garras. A veces, cuando estoy sola, todavía huelo el hedor a podrido de su piel, veo el resplandor de sus ojos amarillos y siento su presencia, aun sabiendo que hace tiempo que desaparecieron.

Quiero ser justa y decir que Alex también tiene cicatrices provocadas por los maloscuros, en el corazón, pero ella puede tapárselas. Yo no puedo.

O, al menos, no puedo hacerlo de manera natural.

Tener una hermana que es una encantatriz todopoderosa tiene sus ventajas. Sé que en el mundo hay millones de problemas más graves y yo estoy aquí, preocupándome por mis cicatrices, pero en el fondo sé que es mucho más que solo esas cicatrices. Durante toda mi vida me han dicho que soy guapa. Desde muy joven he sido consciente de las miradas halagadoras hacia mis piernas que me han lanzado los hombres. De cómo tartamudeaban los chicos de la escuela cuando me hablaban. De cómo me ofrecían regalos de todo tipo, desde golosinas compradas en la tienda de la esquina hasta flores robadas, y pasando por notas escritas a lápiz, instándome a decir sí o no. Mi tía María Azul siempre me decía que la belleza es poder. Mi madre que la belleza era un don. Y si tenían razón, ¿en qué he quedado convertida ahora? Lo único que sé es que en Los Lagos dejé muchas partes de mí, partes que ahora no sé cómo recuperar.

Así que me vuelvo hacia mi hermana porque me debe una. Pero antes de que empecemos, mi madre llama a la puerta abierta de mi cuarto y mi padre aparece detrás de ella como un fantasma.

—Me alegro de encontraros a todas juntas. ¿Me prestáis un minuto de vuestro tiempo? —pregunta mamá. Apoya la cesta de la colada en su cadera y ondea un ramito de salvia como una bandera—. Quiero probar el Cántico de la Memoria con vuestro padre antes de irnos. El sol está en el lugar adecuado y...

—Estamos liadas —digo, de nuevo muy enfadada.

No me gusta hablarle así a mi madre. En otros tiempos me habría dado un bofetón por hablarle de esta manera, pero ahora vivimos inmersas en el caos. El sentimiento de culpa, la rabia y el amor, junto con una dosis importante de magia, forman una combinación muy potente. La situación estallará algún día, y no sé si quiero estar por aquí cuando suceda.

Mi madre deja el ramito de salvia en la cesta de la colada y se rasca la cabeza con una uña larga pintada de rojo. Sus ojos, perfilados en negro, miran hacia el techo como si estuviera pidiendo a los Deos que le dieran paciencia. Veo que se dispone a decir algo, pero mi padre le pone la mano en el brazo. Mi madre se tensa al sentir el contacto y él la retira enseguida.

—Aquí todo el mundo debe poner de su parte —me dice mi madre con una expresión desafiante en sus ojos del color del café y que no me atrevo a dejar de mirar.

—Pues papá no pone de la suya —digo, y noto que Rose y Alex se alejan dos pasos de mí. Traidoras.

—Lo está intentando. Y no es que tú estés tampoco curada desde...

Abro mucho los ojos a la espera de que lo diga. Desde Los Lagos. Desde el ataque. Pero no puede.

—Tienes a Alex —digo señalando con el pulgar a mi hermana—. Es una encantatriz. Y lo de curar va incluido en el paquete.

—Lula...

Mi madre se presiona el puente de la nariz e interrumpe lo que iba a decir cuando mi padre intenta erigirse en la voz de la razón.

—Carmen —dice en voz baja—, déjalas tranquilas. No pasa nada.

Pero mi madre no lo deja correr del todo.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir impidiendo que tu hermana te haga el hechizo de la belleza?

Alex baja la vista. Por mucho poder que corra por sus venas, no puede evitar que nuestra madre la avergüence. Tal vez yo sea una simple sanadora, pero al menos le aguanto la mirada a mi madre. Comparto con ella algo más que el color tostado claro de la piel y el cabello negro y rizado. También comparto con ella el fuego de mi corazón.

—Hasta que deje de dolerme —replico, y no permito que me tiemble la voz.

Y compartimos también la tristeza. La veo reflejada en ella, entretejida en las arrugas de las comisuras de sus ojos. Me entrega finalmente algo negro, los calcetines del uniforme, y dice:

—Nos vemos en el partido.



—Cierra la puerta —le digo a Rose en cuanto se marchan mis padres.

Me siento con las piernas cruzadas en la alfombra de flores descoloridas de mi cuarto, mientras Alex prepara el cántico. Desde que ha aceptado su poder, sus ojos castaños tienen minúsculas motitas doradas y su cabello luce unas ondulaciones gruesas y brillantes. Incluso lo lleva suelto, dejándolo caer sobre los hombros, y creo que es porque a Rishi le gusta enroscárselo en los dedos cuando piensa que no estamos mirando. Tiene una luz interior. La luz de una encantatriz y la luz de una chica enamorada. Odio decir «ya te lo dije», pero se lo dije. La magia te transforma. La magia te cambia. La magia te salva.

Y quiero seguir creyendo en todas estas cosas.

Rose limpia mi altar y estornuda cuando se levantan las capas de polvo. Enciende una vela para el Amor, el Deo del Amor y la Pasión. A continuación, enciende una vela para la Mama, Gobernante del Sol y Madre de todos los Deos.

—Qué asco, Lula. ¿Cuándo fue la última vez que limpiaste el altar? —dice Rose, quitándose la suciedad de las manos en los vaqueros.

Me limito a encogerme de hombros y me tumbo en el suelo. Rose se sienta a mis pies y me sujeta los tobillos. No lo hace por magia. Creo que simplemente intenta consolarme de la única manera que sabe hacerlo. Alex se arrodilla junto a mi cabeza. Un año atrás, Alex reprimía los poderes en su interior. Ahora apela a ellos con facilidad. Coge el humo de las velas y lo manipula entre sus manos, como si estuviera acunándolo, hasta que nos envuelve a las tres como si fuese una cúpula.

A continuación, Alex arranca la cabeza a una rosa blanca de tallo largo y deposita los pétalos en un cuenco. Nuestra magia, nuestra brujería, no consiste solo en combinar hierbas y entonar canciones. Eso podría hacerlo cualquiera. Este cántico no contiene palabras, sino simplemente el murmullo dulce que emite mi hermana mientras remueve los pétalos de rosa. La magia de la belleza llena de pronto la habitación y se acomoda como seda sobre mi piel.

Uno a uno, va colocándome los pétalos en la cara. Sigue canturreando hasta que cubre la totalidad de mis cicatrices perladas y mi cara queda escondida detrás de una máscara de rosas. Luego impulsa su poder hacia la máscara, que, lentamente, absorbe su magia. Los pétalos se calientan y se ablandan hasta fundirse con mis cicatrices y transformarse en una segunda piel.

Sé que nunca estaré preparada para la parte que viene a continuación, pero me agarro a la alfombra y me armo de valor. Esta magia exige dolor. Y maldigo para mis adentros cuando siento como si se me clavaran en la piel mil agujas ardientes.

—A lo mejor deberíamos parar —le dice Rose a Alex.

Niego con la cabeza una sola vez.

—Estoy bien. Os lo juro.

Alex continúa y mantiene las manos por encima de mi cara. Sus palmas desprenden oleadas de calor. Respiro con dificultad y aprieto los dientes para intentar superar el dolor.

—Ya estamos —dice Alex.

El aroma terrenal y dulzón de las rosas en flor llena la habitación. Nada inunda los sentidos como las rosas. Alex y yo nos miramos a los ojos y pienso en las muchas cosas que me gustaría decirle. «Gracias. Lo siento. ¿Estás bien?» Su cara, justo en el lugar equivalente a donde estaban mis cicatrices, se oscurece con manchas rojas. Reconozco el retroceso de la magia: moratones y rojeces equiparables a lo sufrido por la persona sobre la que se trabaja. Cualquier ejercicio de magia conlleva un coste. El dar y el recibir cíclico del universo que ayuda a mantener el equilibrio.

Pero Alex no se queja en ningún momento. Sonríe. Se levanta. Se pone a mirar su teléfono.

Me acerco al tocador y saco de un cajón un espejito de mano que compré por un dólar en un mercadillo. Es de metal opaco, pero me hace sentir como la reina bruja de Blancanieves. Cuando era pequeña siempre iba a favor de Blancanieves, pero últimamente tengo la sensación de que la reina era una incomprendida. Las mujeres con poder siempre tienen mala reputación.

Mi humor cambia al instante cuando me miro en el espejo. Me siento en deuda con el ejercicio de magia que me ha devuelto una parte de mí persona, por superficial que sea. Las cicatrices han desaparecido. El Cántico de la Belleza es una forma potente de hechizo. Cuando me llevo la mano a la zona donde supuestamente están las marcas dejadas por las garras, solo encuentro una piel perfecta y bronceada.

—Espejito espejito —le susurro a mi reflejo, mientras vuelvo la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

Busco mi pintalabios favorito y me lo aplico. Tiene un tono coral que destaca el color miel oscuro de mi piel y hace que mis ojos grises parezcan tormentosos. Me alboroto los rizos negros y presiono los labios para asegurarme de que el pintalabios queda bien repartido. Ojalá esta sensación durara mucho, pero por el momento la disfrutaré hasta la próxima vez.

—Gracias —le digo a Alex, y le estampo un beso pegajoso en la mejilla.

—Qué asco —murmura, limpiándose. Coge entonces el tallo decapitado de la rosa y el cuenco con los pétalos que no ha utilizado—. Vámonos, Rosie.

Me vibra el teléfono y se me acelera el corazón al ver el nombre de Maks en la pantalla.

«Estoy fuera.»

Analizo el mensaje mientras me pongo los calcetines. Sus mensajes son más cortos a cada día que pasa. En parte es culpa mía, por mostrarme tan distante. Desde lo de Los Lagos tengo la sensación de que me acechan sombras en cada esquina y las multitudes me asfixian, como si me estuviera ahogando y apenas asomara la cabeza por encima del nivel del agua. Nada supone un obstáculo mayor a la vida social que el miedo a monstruos que tan solo uno mismo es capaz de ver.

—Hoy irá mejor —le digo a mi reflejo, y me pongo la chaqueta beisbolera de Maks antes de bajar corriendo las escaleras.

—¡Nos vemos en el partido! —grita mi madre.

La saludo con la mano y cruzo la puerta a toda velocidad, directa hacia el coche de Maks, que está aparcado delante de casa. En el instante en que salgo, noto que puedo volver a respirar. Cuando estoy con Maks no tengo que pensar en magia, y por eso me dispongo a arrojarme al consuelo de su humanidad.

—Hola —dice Maks sin levantar la vista.

Está buscando una emisora de radio, pero en todas se oyen interferencias. Acaba conectando el teléfono. Su entrenador personal considera que no hay que besarse ni hacer nada excitante el día de partido. Quiero creer que ese es el motivo por el que su voz suena tan distante y no me coge la mano. Verlo me genera una sensación de necesidad: la necesidad de volver a ser mi antiguo yo. La necesidad de ser feliz. Por eso, le acerco la boca a la mejilla y le dejo grabada la huella rosa de mis labios.

—Estás de buen humor —dice.

Sus gruesas cejas negras se unen en un gesto de confusión y me preocupa verlo tan sorprendido. Me doy cuenta de que le tiemblan un poco las rodillas y poso la mano en ellas para intentar consolarlo. Siempre se pone nervioso antes de los partidos. Es el mejor portero que ha tenido el instituto en muchos años. No se le cuela ni un gol.

—El último partido del año. Un hito importante.

Sonrío cuando me mira antes de poner el coche en marcha. Me invade una sensación de alivio al ver que me coge la mano, me besa los nudillos y empieza a circular por la calle vacía de Brooklyn.

—Hemos ganado a los de Van Buren unas seiscientas veces, pero continúa siendo un equipo sólido.

Me presiona la mano una sola vez y la suelta.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Como sanadora que soy, intuyo la tensión que se acumula en su aura. Antes de los partidos siempre está nervioso, pero hoy es peor de lo habitual. Tal vez sea porque percibo aún la magia residual del cántico de Alex. Y porque mi magia queda muy lejos.

Llegamos a un semáforo en rojo y se vuelve hacia mí. Lleva el pelo de la parte superior de la cabeza hacia atrás y los laterales recién rapados. Le acaricio la nuca y noto que el barbero no ha sacudido todos los pelillos.

—Lula.

Pronuncia mi nombre en un suspiro.

Se vuelve de nuevo hacia mí. No sé qué está buscando, pero cuando lo miro, cuando lo miro de verdad, recuerdo por qué me enamoré de él. De aquel chico dulce y cariñoso cuya sonrisa me volvía loca. Siempre tengo en mi altar un ramito de hortensias porque me recuerdan a sus ojos.

Nos ponemos de nuevo en marcha cuando alguien de atrás empieza a tocar el claxon y Maks mira de nuevo hacia delante.

—Estaba pensando —digo, intentando que mi voz suene grave y divertida, aunque acabe sintiéndome como una tonta— que podemos hacer algo después del partido. Tú y yo solos.

—Ya he dicho a todos los del equipo que podríamos celebrarlo en mi casa. Mis padres están de viaje de negocios y mi hermana se ha ido de colonias de verano.

No tendría que enfadarme, pero me enfado. Me digo que simplemente debe de estar cansado. Que ha estado entrenando mucho últimamente. Le han concedido una beca como futbolista para estudiar en la Universidad de Boston y quiere estar en plena forma.

—Llevamos un montón de tiempo sin estar a solas —digo.

—No por mi culpa.

—Tampoco por la mía. Mira, no me apetece pelear, de verdad.

Otro semáforo en rojo. Menea la cabeza de un lado a otro como si quisiera ahuyentar los pensamientos que acaba de tener.

—¿Qué pasa?

—Simplemente digo —suspira y pone el intermitente— que no hemos estado solos porque a ti nunca te apetece que estemos solos. Estás tan ausente, que yo ya no sé qué hacer.

—Ya te he contado lo de la vuelta de mi padre. Y lo del ataque que sufrimos en casa.

Observo el semáforo en rojo y la gente que cruza por el paso de peatones. Estamos a escasas manzanas del instituto. Reconozco a un par de chicas de mi equipo por el uniforme rojo y negro. Una mujer totalmente

vestida de negro camina trabajosamente detrás de ellas. Se apoya en un bastón que brilla bajo el sol, y a cada paso que da las joyas que lleva bailan de un lado a otro. Son docenas de collares de brillantes piedras preciosas y cuentas de madera. Lanza una mirada hacia el coche. Juraría que la conozco de algo. Por un instante sus ojos oscuros me transportan hasta el lugar donde viven mis pesadillas. Siento que me arde la piel y, cuando cierro los ojos, veo las sombras que se abalanzan sobre mí con sus garras. Me sujeto al asiento del coche para impedir que mis manos sigan temblando.

—Sé que tienes líos familiares —dice Maks, que por suerte no se ha dado cuenta de mi pequeño ataque de pánico—. Pero el caso es que..., es que no sé cómo expresarlo. No eres la misma persona que eras dos años atrás.

Dos años.

Maks y yo llevamos dos años saliendo. Dos años llenos de fechas. Dos años de «te quiero» y «te querrés eternamente». Dos años de irme a la cama leyendo sus mensajes, de oír su voz justo antes de quedarme dormida y de soñar con una vida juntos. Maks no fue el primer chico que me dijo que era bonita. Pero cuando lo dijo, cuando me besó en la parte interior de la muñeca y me escribió una y otra vez «Eres muy bonita. Te quiero», me lo creí.

Bajo la ventanilla. Las cicatrices me quemaron e inclino la visera para comprobar si el cántico de Alex aguanta. Ahí estoy. Parezco mi antiguo yo, pero sin sentirme como ella.

Maks entra en el aparcamiento del instituto, justo detrás del gimnasio, y aparca. Aunque no tengo todavía el carnet, un día me enseñó a aparcar. Es un recuerdo curioso que se presenta sin previo aviso en mi cabeza mientras él se quita el cinturón y luego sujeta el volante con tanta fuerza que se le quedan los nudillos blancos.

—Maks.

Lo digo con un hilo de voz porque sé lo que está a punto de decirme. Inspira hondo, como si lo hiciera para serenarse.

—Creo que deberíamos cortar.